

CERVANTES EN ARGEL ⁽¹⁾

Después de las gloriosas campañas de Italia; después de haber concurrido al combate de Lepanto y perdido en él la izquierda mano, luchando como español y como cristiano; después de la pérdida de la Goleta y de su inútil socorro, Miguel de Cervantes, á quien ya cansaba la prolongada estancia en Sicilia, anhelante por regresar á su patria y deseoso al par de obtener algun premio que compensara sus dilatados merecimientos, pidió y obtuvo licencia de D. Juan de Austria, en 1575, para regresar á España; á cuyo fin le facilitó recomendatorias cartas aquel guerrero ilustre, para el rey, rogándole agraciara á Cervantes con el

mando de una compañía, por ser hombre de valor y de muy señalados servicios.

El duque de Sesá, que era á la sazón virey de Sicilia, quiso contribuir al buen éxito de la pretension, y escribió asimismo al monarca y á los ministros, encareciendo las buenas prendas de Cervantes y la justicia de lo que solicitaba.

Pero como no hay ventura que no contribuya á la desgracia del que nace desgraciado, aquellos documentos, que tan honrosos eran para su dueño, le originaron nuevos y mayores males; pues habiendo sido atacada la galera en que se dirigia á las costas de España, por una escuadra argelina, y rendida, á pesar de los heroicos esfuerzos hechos por la tripulacion española, Cervantes fué llevado á Argel, como cautivo del arraez Dalí-Mamí,

(1) El 23 de este mes de Abril es el aniversario de la muerte del gran MIGUEL DE CERVANTES. Con este motivo hemos querido consagrar en Los Niños este recuerdo al gran ingenio, cuyo nombre debeis aprender á respetar, y cuyas obras admirareis cuando tengais edad para poderlas comprender.

quien, al sorprender las cartas de don Juan de Austria y del virey, juzgó al soldado persona de gran calidad, esperó lograr por él crecido rescate, y le cargó de cadenas, tanto para evitar su evasión, como para obligarle á que, no pudiendo tolerar tantos tormentos, reclamara de su familia la libertad.

Cervantes, aprisionado en union de su hermano Rodrigo y de otros caballeros españoles, se dió trazas para procurar la fuga de todos; pero cuando la creyeron lograda, viéronse abandonados por un moro que se habia comprometido á llevarles á Orán, y tuvieron que volver á su cautiverio, donde esperaban á Miguel nuevos tormentos. Sabedor de tan triste situacion su amante padre, se apresuró á empeñar toda su hacienda y los dotes de sus hijas; pero cuando este caudal llegó á poder del cautivo, Dalí-Mamí creyó mezquino el precio que se le ofrecia por su libertad, y se negó á aceptar todo género de proposiciones. Aplicado aquel dinero al rescate de su hermano Rodrigo, Miguel le dió instrucciones para que, una vez en España, armase una fragata, que, acercándose á la costa argelina, pudiera libertarle y conducirle á España, en union de otros cautivos.

Para alcanzar tan anhelado objeto, Cervantes habia logrado conocer una cueva distante tres millas de Argel, en la cual fueron reuniéndose hasta el número de catorce ó quince, los cristianos que lograban fugarse de casa de sus amos: él mismo les llevaba al lugar en que debian aguardar su libertad, procuraba la compra y conduccion de víveres, y regía aquel pequeño pueblo, cuya sola esperanza era.

El 20 de Setiembre de 1577 huyó el

mismo Cervantes de la casa de su amo y se refugió en la cueva, juzgando ya muy próxima la llegada de la embarcacion que esperaban todos. Y, con efecto, el 28 de dicho mes llegó la expresada fragata, al mando de un tal Viana; pero al intentar acercarse á la costa, fué vista por unos moros, que comenzaron á pedir auxilio, y lograron despues apoderarse de toda la tripulacion del buque.

Lo que la desgracia habia empezado, debia terminar la traicion. El Dorador, confidente que habia sido de los cristianos, renegado dos veces, queriendo sin duda congraciarse con el rey Azan, le descubrió el secreto de la cueva y la ingeniosa manera con que Cervantes habia logrado manejar todo aquel asunto, y el codicioso rey, que, conforme al derecho del pais, era dueño de todos los esclavos abandonados ó perdidos, hizo prender inmediatamente á los mismos y llevar á Cervantes á su presencia. Inútiles fueron todas las amenazas, astucias y áun halagos con que Azan-Agá pretendió descubrir á los cómplices de Cervantes: éste se obstinó en manifestar, como cien veces lo habia hecho, que él solo era el culpable, que sólo él conocia el proyecto de la evasión, y que serian inútiles todos los tormentos para arrancarle otra declaracion.

El carácter sanguinario de Azan fué dominado por la ambicion: creyó que el rescate de aquel cautivo correspondia á su grandeza de ánimo, y le encarceló en el baño, recomendando á sus guardias la vigilancia más esquisita. Pero Cervantes no era hombre que se dejara dominar por las contrariedades: habia jugado muchas veces su vida, para que temiera perderla, y

desde el mismo instante en que estuvo fuera de la presencia del rey, no volvió á tener más pensamiento que el de romper su cautiverio.

Frustradas varias tentativas que hizo con el mismo objeto, entre otras, una tan bien dispuesta que hubiera permitido la evasión de sesenta cristianos, facilitósele la ocasion de verificarlo él solo, temeroso un mercader valenciano, que habia sido su cómplice, de que Cervantes le delatara; pero el cautivo se negó á ello, y prometió que los mayores tormentos no serian poderosos á convertirle en delator.

Como habia huido del baño, y el rey le tenia en tan alto aprecio, fué buscado por medio de pregon, en el que se imponia pena de la vida al que le tuviera oculto. Cervantes, que lo estaba en casa de un antiguo camarada suyo, quiso evitarle todo daño, y se presentó al rey por su propia voluntad.

Cargado de hierros, puesto un cordel á su garganta y atadas las manos á la espalda, como si á quitarle la vida fuesen, Azan pretendió averiguar las circunstancias de su plan de evasión y los nombres de sus cómplices y compañeros; pero Cervantes contestó, con su habitual entereza, que sólo él era culpable, y supo de tal manera unir la dignidad á la discrecion, y la fortaleza de ánimo al ingenio, que el rey se limitó á disponer que fuera encerrado en la cárcel de los moros, donde estuvo cinco meses cargado de grillos y custodiado por numerosa guardia.

En aquella tristísima situacion concibió Cervantes otro proyecto, que pudiera calificarse de locura, si no fuera suyo: nada ménos que levantarse con Argel, apoyado por los 25.000 cautivos que existian en la ciudad, y hacerla

parte de la corona de España. Y comprueba la importancia del proyecto y los medios con que Cervantes contaba para su ejecucion, la frase que solia repetir Azan-Agá, de que *como tuviese bien guardado al estropeado español, tendria seguros su capital; sus cautivos y sus bajeles.*

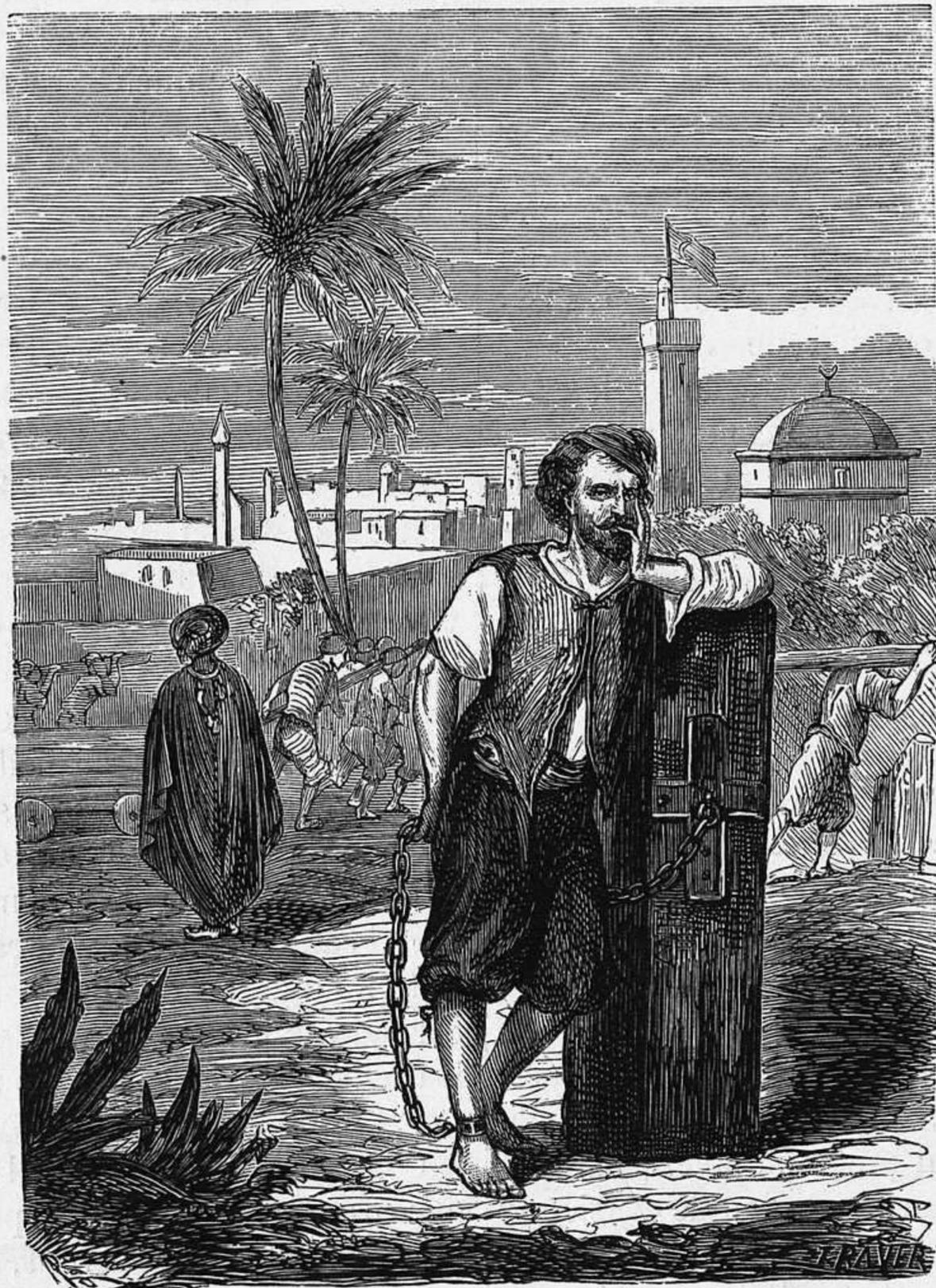
Cuando más duro era el cautiverio de Cervantes, llegó el 29 de Mayo de 1580, dia de la Santísima Trinidad, y en él desembarcó en Argel el reverendo padre fray Juan Gil, procurador general de aquella órden y redentor de cautivos por la corona de Castilla.

Llevaba trescientos ducados para el rescate de Cervantes, que constituian toda la herencia de su padre, ya difunto, toda la hacienda de su madre y hermana. Corta era la cantidad para la codicia del rey, que exigia mil escudos por el cautivo manco, y negándose por lo tanto á entrar en tratos, le embarcó cargado de hierros en una galera que iba á hacerse á la mar con rumbo á Constantinopla.

Compadecido el padre Gil, y viendo que para siempre iba á perderse la ocasion de darle libertad, inspirado acaso por el cielo y llevado de su caritativo corazon, buscó dinero prestado, imploró limosnas, y pudo al cabo lograr el rescate en el precio de 500 escudos.

La nave que debia conducirle á Constantinopla se hizo á la vela sin él en 19 de Setiembre, y Cervantes pudo en el mismo dia considerarse libre y bendecir al cielo, que le habia proporcionado la libertad cuando para siempre la juzgaba perdida. En aquella misma nave iba Azan-Agá, por haber concluido el tiempo de su reinado.

Conocida la crueldad de aquel rey,



apénas puede concebirse que escapara Cervantes con vida. «Cada día, dice el mismo, ahorcaba al suyo, empalaba á este, desorejaba á aquel; y esto por tan poca ocasion y tan sin ella, que los turcos conocian que lo hacia no más de por hacerlo, y por ser natural condicion suya ser homicida de todo el género humano.»

El mismo Cervantes, en la primera parte del *Quijote*, pone en boca del cautivo estas palabras: «Sólo libró bien con él un soldado español, llamado tal

de Saavedra, el cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamas le dió palo ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra, y por la menor cosa de muchas que hizo, temíamos todos que habia de ser empalado, y así lo temió él más de una vez.»

Poco despues de los sucesos que hemos referido, lograba Cervantes, segun propia confesion, «uno de los mayores contentos que en esta vida se puede

tener, cual es el de llegar, despues de luengo cautiverio, sano y salvo á su patria.»

El de Cervantes habia durado cinco años ménos seis dias.

Hemos relatado á grandes rasgos las penalidades que tuvo que sufrir, durante su cautiverio en Argel, el príncipe de nuestros ingenios; pero mayores penalidades le aguardaban en su patria, por la que tanto habia suspirado. No pretendemos relatarlas.

Dimos principio á este artículo embarcando á Cervantes en Sicilia, jóven, lleno de esperanzas, inutilizada su mano por un tiro de arcabuz en el glorioso combate naval de Lepanto; pero entero su corazon, abierta su alma á la esperanza, y llevando en el pecho una carta del hijo de Cárlos V, en que se enaltecia su valor y se le declaraba digno de mandar una compañía de sol-

dados. Cerramos nuestro trabajo dejándole embarcado otra vez y ansiando pisar el suelo de su patria: los años y los tormentos han envejecido su cuerpo; pero su alma sigue jóven. No viste ahora el traje del soldado, sino los harapos del cautivo; no lleva una carta de su capitan, pero sí una informacion de sus trabajos en Argel, que constituyen una verdadera epopeya; no le protegen los pliegues de la bandera de su tercio, pero la religion le alienta, y la virtud le guia.

Una escuadra turca le hizo cautivo, y una miserable barca, tripulada por los padres Trinitarios, le devuelve la libertad. Esta vez llegará la nave á su destino: la Fé sostiene el brazo de los remeros. La Religion y el Genio, unidos en estrecho vínculo, no pueden naufragar.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LA NIÑA DE JBINAGA

EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL

(Continuacion)

Algunos instantes de solemne silencio siguieron á esta tremenda declaracion.

Pero súbitamente alzó la cabeza la hermosa Marina, como si una ráfaga de inspiracion divina hubiese tocado en ella, y exhaló una exclamacion que era un poema entero de esperanza y fe.

—Condúceme, dijo inmediatamente despues; llévame á donde mi hermano

aguarda la muerte; ¡que Dios y la Virgen Santísima me protegerán!

—Pero tú, pobre niña..., objetó Luis lleno de asombro.

—Nada me digas.

—La noche es espantosa...

—Y ¿qué importan los horrores de la tempestad si peligra la vida de un hermano? Guíame, pues.

Y dijo estas palabras la niña con tal

resolucion, que no se atrevió á manifestar en contrario su primo.

Un segundo despues salian aquellos dos jóvenes de la casería de Ibinaga y echaban camino de Orio.

IV

Pocas veces se desatan los horrores de la naturaleza con la rabia que aquella noche se desencadenaron, y los dos primos marchaban difícilmente, ya rodeados de una densa oscuridad, ya deslumbrados por el brillante relámpago, ó aturcidos por el terrible y fragoroso trueno.

Pero, salvando torrentes, quiebras y barrancos, caminaban sin cesar, porque la zozobra y el cariño les impelían con fuerza irresistible.

Larga era la distancia que tenían que recorrer; pero nada debía arredrarles, nada debía detenerles; pues además de ser áspero el camino y espantosa la noche, las horas se deslizaban rápidamente, y Pedro iba á ser fusilado al despuntar el nuevo día.

Varias veces el honrado mancebo que acompañaba á la hermosa niña de Ibinaga tuvo que exponer su vida para hacer que Marina pudiera dejar á la espalda algun espumoso torrente que se precipitaba de breña en breña, y la niña misma saltó profundas simas con la agilidad del corzo y con una decision que se daba la mano con la temeridad.

Pero era preciso llegar á tiempo...

Una circunstancia feliz contribuyó á favorecerles algun tanto.

Cesó la lluvia y se aplacó la tempestad.

La luna, que brillaba en las regiones del cielo, aunque velada por espesas nubes, derramó un leve resplandor

sobre la tierra, y aquella ligera claridad permitia ver, sin interrupciones bruscas, en dónde asentaban los piés.

Así corrían con fatigoso aliento; y ya se daban el parabien, porque, no teniendo que atravesar el rio, lo cual hubiera sido un contratiempo invencible en aquellas horas, entrarían en Orio ántes que el momento fatal de la ejecucion hiciese irrealizable toda esperanza.

Y era su paso más ligero que nunca, y casi tocaban á la población, cuando una voz poderosa y brusca les detuvo, gritando:

—¡Alto ahí! ¿Quién vive?

Al oirla quedaron ambos jóvenes como petrificados y mudos de terror.

—¿Quién vive? repitió la misma voz con más energía aún.

Y el primo de Marina, como más experimentado en asuntos de esta naturaleza, contestó:

—España.

—¿Qué gente? preguntó la voz.

—Paisanos.

—¡Alto!

E inmediatamente despues vieron los asustados viajeros cómo se destacaban de la oscuridad y se les acercaban cinco sombras, con paso decidido y con los fusiles preparados para cualquier evento.

Cuando estuvieron á pocas varas de ellos, dijo el que iba delante de los otros cuatro:

—¿A dónde vais á estas horas?

—A Orio, contestó el mancebo con acento indeciso.

—¿A Orio? interrogó con cierta desconfianza su interlocutor.

—Sí.

—¿Los dos?

—Los dos.

—Pasad, pues.

Y acompañándolos, ó más bien custodiándolos, los condujeron al cuerpo de guardia avanzado, que estaba en una casita aislada.

Cuando entraron en aquel lugar y se vió Marina rodeada de aquellos hombres de aspecto audaz, y respiró aquel aire viciado por el humo del tabaco, y oyó el lenguaje poco culto que allí se hablaba, palideció, y un temblor nervioso se apoderó de ella.

Este detalle y las balbucientes contestaciones que dió á varias preguntas que le dirigieron los *chapelgorris*, en cuya presencia se encontraba, hicieron que estos concibieran alguna sospecha sobre ellos y que tomaran á los dos primos como dos *espías*.

Los espías eran castigados siempre con la muerte.

Para cerciorarse y descubrir la verdad que pudiera entrañar la suposición de aquellos hombres, era preciso hacer un escrupuloso reconocimiento; y aparte lo ofensivo de ese acto, perdían los detenidos un tiempo precioso.

Pero fué necesario ceder á la ley de la fuerza, y llamada una mujer, que se encerró con Marina en una habitación, fué registrada la niña con una minuciosidad que no se comprende más que cuando se vive entre los desastres de la guerra.

En esos momentos resonaron los tambores y las cornetas.

Aquel estrépito hizo estremecerse á Marina, que, aunque ignorante y extraña á toda suerte de achaques marciales, sintió en su corazón algo que fué para ella un fatal anuncio.

—¡Oh! Dejadme, dejadme, decía á la mujer que ya terminaba su misión: dejadme ¡por la Virgen de Iziar, por

la Virgen Santísima de Aránzazu!

Y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Ved, añadia con dolor, ved que van á fusilar á mi hermano!...

Al decir así, se arrojó á los piés de la que hacia el reconocimiento.

—¿Es tu hermano ese sargento? preguntó esta con interés.

—Sí, ¡mi pobre hermano Pedro!... contestó la niña de Ibinaga con tal acento, que era imposible no adivinar que la supuesta espía no era otra más que un ángel nacido para hacer bien.

—¡Bravo es el *faccioso*! exclamó la mujer. ¿Y qué pretendes?

—Salvar su vida.

—Eso es imposible.

—¡Imposible!...

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque los *chapelgorris* no dan cuartel.

—¡Ah! ¡Dejadme, por Dios, y sea lo que Dios quiera!...

—¿Oyes? preguntó la mujer en aquel instante, interrumpiendo á Marina.

—¿Qué cosa?

—¿No percibes el sonido ronco de un tambor?

—Sí... sí... respondió la niña dando diente con diente.

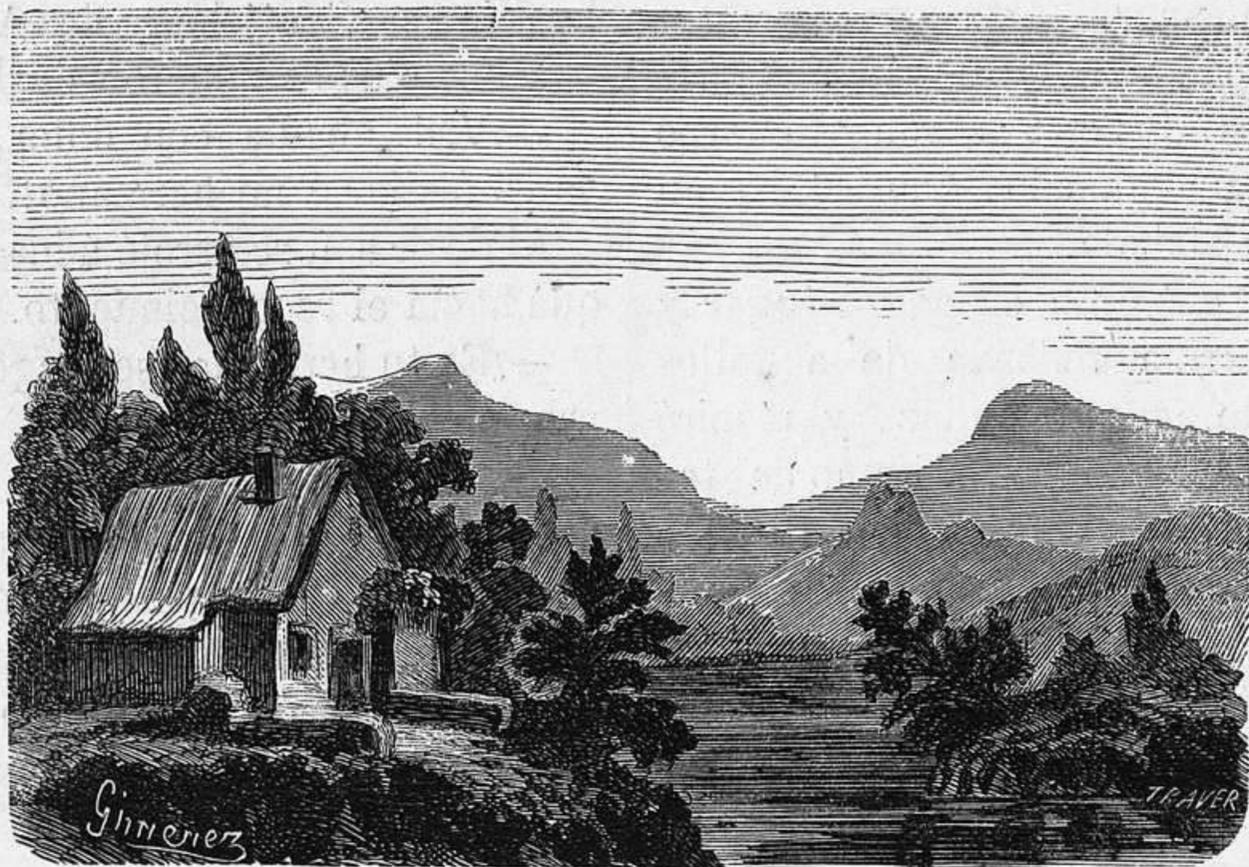
—Pues ese es el tambor que acompaña al patíbulo á tu hermano.

—¡Por piedad, dijo Marina, dejadme partir!

Conmovida la mujer, hizo su declaración ante el jefe que mandaba el cuerpo de guardia.

La niña de Ibinaga salía de allí un momento despues desolada y medio loca de terror, y corrió hácia el sitio en que resonaba sordamente el lúgubre tambor.

(Se concluirá.)



EL CREPÚSCULO

Muchas veces, pequeños lectores, habreis salido al campo en las tardes de primavera, y habreis sin duda observado el bello espectáculo de una puesta del sol.

¡Cuán bello es el paisaje! ¡Cuán bellos los sonrosados colores de las nubes!

¿Los habeis visto?

Sí; es muy grande la belleza del espectáculo para que haya podido pasar desapercibido.

El campo, ¿no es verdad que en él se vive mejor?

La campiña tiene muchos atractivos; en ella la vida parece más enérgica; en ella parece respirarse mejor.

Y no es esto ilusion; el aire más puro, más oxigenado que en el campo respiramos, nos da más alegría; parece que nos hace olvidar los pesares y tristezas.

Voy á conducirlos al campo: vosotros

y yo vamos á dar un paseo, que no dudo que os será muy grato.

Llegamos: preciosos arreboles colorean el ocaso, formando un cuadro tal que pintor alguno podria copiar; los pajarillos cantan; las flores, algunas como los pensamientos, tienen su corola dirigida al ocaso; es que despiden al astro del dia.

Os he nombrado el sol: ¿no le veis?

Allá por entre las nubes, apenas se le distingue; pero mirad bien, sus rayos esplendorosos llegan hasta nosotros. Solo á trozos vemos su círculo de fuego; las nubes interceptan y recogen parte de su luz.

El sol va descendiendo; paso á paso sigue su ruta invariable; paso á paso huye de nuestra vista.

Pronto desaparecerá; pronto su luz dejará de llegar á nosotros.

¿Esperais á que tal suceda?

Sí, me decis; queremos ver la pues-

ta del hermoso astro, de la bella estrella que llamamos sol.

¿No temeis que al desaparecer nos deje sumidos en la oscuridad?

No seguramente, volveréis á decirme; todos los días vemos ponerse el sol, y la luz sigue largo rato como si quisiera convidar á ver hasta el último momento, y á saborear despues, el brillante espectáculo que la naturaleza, siempre pródiga, nos ofrece.

Entónces podemos permanecer en el campo; no hay miedo de que la oscuridad nos sobrecoja. Mirad, mirad, poco falta para que el sol desaparezca. Tal vez dentro de un momento haya concluido de ocultarse.

Un momento, y desapareció, ya no le veremos hasta mañana, ya los pájaros lloran en silencio: no cantan, no; su voz no se volverá á oír hasta que el día anuncie la aparicion por el Oriente del luminoso faro que con tanta prodigalidad nos ilumina y nos calienta.

Pero no son los pájaros solos los que callan; vosotros habeis tambien quedado mudos.

¿Por qué, queridos lectores, ahora compañeros de paseo?

Vaya, la huida del sol ha alejado la alegría de vuestros corazones; el paisaje ha cambiado: poco á poco va perdiendo su intensidad y su luz.

¿No temeis que la noche os sobrecoja?

Debemos volver: en vuestras casas os esperan seguramente vuestros amantes papás, vuestras cariñosas madres.

Volvamos definitivamente: en el camino iré contándoos por qué hay luz despues que el sol se oculta; por qué la hay cuando aún no ha aparecido por

el Oriente. Vosotros no habreis tal vez jamas pensado en esto: casi me inclino á creerlo, sin esperar á que me lo digais.

En la seguridad, pues, de que no os disgusto, voy á empezar. La naturaleza tiene muchas cosas dignas de estudio, y no es el menor de sus fenómenos el que se nos presenta en el crepúsculo.

Hay luz despues que el sol se pone, por causa de la refraccion.

¡Refraccion!

Seguramente es para vosotros desconocida esta palabra: refraccion es lo mismo que desviamiento.

No lo entendeis aún: lo comprendo sin que tenga necesidad de saberlo de vuestra boca. Por esto deberé esclareceros este punto.

Sucede en el crepúsculo que el sol se retira de nosotros, ó hácia nosotros viene.

Entónces, siendo redonda la tierra, los rayos que no pueden llegar hasta nosotros, por la falta de transparencia del planeta, iluminan las capas más elevadas de la atmósfera, á las que los rayos van rectamente dirigidos.

Las citadas capas se ven iluminadas; pero tambien nosotros participamos de su luz.

¡Cosa extraordinaria!

Lo es desde luego para los que no conocen la ciencia de los hechos naturales, la ciencia que lleva el nombre de Física; pero para los que la conocen es la cosa más fácil y sencilla. Aquí viene á presentarse la citada refraccion.

Os acordais que os dije que refraccion y desviamiento son una misma cosa; pues bien: los rayos que llegan á las capas altas de nuestra atmósfe-

ra no siguen en la misma direccion, sino que cambian y se desvian, viniendo sobre la tierra, iluminándola con su luz: esta no es tan viva como la recibida directamente, y de aquí que despues de puesto el sol y ántes de su salida exista esa luz tenue que por la mañana va paulatinamente aumentando, y por la tarde sucesivamente disminuyendo.

Comprendereis ahora el por qué del crepúsculo, como tambien la razon que tenia al invitaros á dar un paseo por el campo. El crepúsculo vespertino, lo mismo que el matutino, son indudablemente dignos de estudio cuando el cielo está despejado y cuando la luz, tal vez descompuesta, nos ofrece esas nubecillas de tan bellísimos colores. .

La naturaleza es digna del estudio

y la contemplacion: son tantas las bellezas que encierra, y tantos y tantos sus secretos y manifestaciones, que el hombre se siente al contemplarla admirado y lleno de amor hácia lo bello y lo desconocido.

Yo, al terminar estas pobres líneas, sólo debo encargaros que no despreciéis mañana, cuando seais hombres, la contemplacion de los grandes fenómenos que llamamos naturales, porque en la naturaleza tienen su inmenso, su grandioso laboratorio.

Tal vez yo os dé á conocer algunos de ellos, si este primero que os presento no merece desde luego vuestro desprecio ó vuestro desvío. Para que tal suceda, sólo teneis que acoger benévolamente estos renglones.

Puerto de Santa María, Marzo de 1872.

E. THUILLIER.

EL AMOR DE LA YÍRGEN

El huérfano que llora la soledad del alma,
El pobre que no encuentra consuelo á su afliccion,
El peregrino errante que la perdida calma
Busca en la religion ;

El ánimo intranquilo, que en la agitada vida
Se inclina ante los golpes de dura adversidad;
El náufrago que siente rugir embravecida
La ronca tempestad;

La desdichada madre que mira moribundo,
Deshecha en tristes lágrimas, al hijo de su amor;
Todos cuantos suspiran, y sufren en el mundo
Hambre, sed y dolor ;

El niño en sus temores, el viejo en su agonía,
El hombre hasta en su loco y ardiente frenesí,

Con religioso anhelo levantan , Madre mia,
Sus manos hácia tí.

Que tú eres el refugio , la luz y la esperanza
De todos los que ciegos y sin consuelo van :
Tu santa y pura mano refrena la venganza,
Sujeta el huracan ,

Las lágrimas enjuga, disipa las tormentas
Del mar y de la vida, terror del corazon;
Las olas alteradas , las penas violentas
Esclavas tuyas son.

Por eso en las ciudades, y mares, y desiertos
Tu nombre iris de gloria y de ventura es ,
Y hasta en sus sepulturas el polvo de los muertos
Quiere besar tus piés.

G. NUÑEZ DE ARCE.

EL OLIVO DEL MONTE

(APÓLOGO)

Rayado apenas habia
La aurora en el horizonte,
Dando á la campiña gozo
Y á la aurora resplandores,

Cuando en la falda de un cerro
Cerca del cual mansas corren
Las limpias aguas de un rio
Con sus ondas uniformes,

En un olivar frondoso
Que ciñe cual faja el monte,
Para la faena diurna
Se aprestan los podadores.

Entre los verdes olivos
Que aquella heredad componen,
Hay uno, rico de sávia,
Pero ñudoso y deforme.

Al verle, hácia él se dirige
El jefe de aquellos hombres,
Y con hacha y podadera
Para trabajar lo escoge.

Con habilidad y brio
Descarga en él fuertes golpes,
Y ya una rama descuaja
Que su esbeltez descompone,

Ya corta un vicioso tallo
Que inútil la sávia absorbe,
Ya de un nudo que le afea
Los duros contornos rompe;

Pareciendo que el olivo
Mano tal no desconoce,
Y que en su interior se queja,
Presa de ocultos dolores.

Un tierno niño del dueño
De aquella heredad, entonces,
Del podador contemplando
Las rudas operaciones,

Con el acento angustioso
Del que interno afan esconde,
Dicele así, porque juzga
Bárbaros tantos rigores:

«¿Por qué con crueldad te ensañas
Con ese olivo tan jóven,
Lleno de sávia y de vida,
Si ha de rendir fruto enorme?

»¿Qué mal te han hecho esos tallos
Que ostentan limpios verdores?
¿No escuchas cuando le hieres
Cuál se queja en mudas voces?»

Y el capataz, que del niño
Las agrias censuras oye,
Tal con rústicas palabras
Cariñoso le responde:

«Sólo por bien del olivo
Le dí tan certeros cortes,
No para causarle el daño
Que tú inocente supones.

»Ya sin nocivo ramaje
Que en vano su fuerza agote,
Presto le verás pomposo,
Cargado de fruto doble.»

En esto el padre del niño,
Que escucha tales razones,
Cuyo origen adivinan
Sus cuidados previsores,

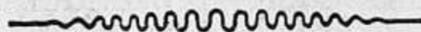
Tambien á su vez añade,
Como el deber se lo impone,
Mas con el benigno acento
De un amor intenso y noble:

«Niño, ese árbol por quien lloras
Es viva imágen del hombre
Que en su juventud revela
Torcidas inclinaciones:

»De un hábil padre la mano
Corta sus instintos torpes
Para que rinda más fruto
De las virtudes mejores.»

Dice, y el cándido niño,
Que su propio bien conoce,
Sella en la diestra del padre
Un beso que el cielo acoge.

ANTONIO ARNAO.





EL CRIADO DEL PANADERO



Mi tío Carlos es muy aficionado á gozar de los placeres del campo, y como hombre de alguna edad, no puede comprender que lo que á él le gusta no agrade á los demas.

Todo su dinero le ha empleado en casas de campo, en jardines y en huertos, y en honor de la verdad sea dicho, tiene muy buen gusto para arreglar estos sitios de recreo.

Ahora así lo reconozco; pero cuando era niño como vosotros, las casas de campo, los jardines y los huertos

de mi buen tío, me parecían feos, y ni aún la sombra de aquellos árboles me agradaba en los meses de más calor. Prefería los del Retiro y los de la plaza de Oriente, en cuyos sitios solía jugar con mis amigos.

Mi tío, que me tenía gran cariño, propuso á mi padre que me dejaran pasar en su compañía el mes de Agosto que iba á empezar.

No teneis edad suficiente para comprender lo que nos quieren nuestros padres, y por eso no alcanzareis las

razones que tenía mi madre para impedir mi marcha á Torrejon, que es donde querian llevarme.

Sin embargo, se acordó el viaje; pues los médicos habian dicho muchas veces á mi padre que lo que á mí me convenia era respirar el aire del campo y hacer *vida de pueblo* para robustecerme.

No era la primera vez que yo iba á Torrejon, pero nunca estuve allí más de dos dias, y en ese tiempo comprendia que no se podia hacer *vida de pueblo*. Esto de hacer *vida de pueblo* era para mí una novedad, y por experiencia sabeis lo que agradan á los niños las novedades.

Por otro lado, mi tio siempre nos estaba hablando de la siega. y de lo que entretienen las faenas del campo, y de lo bien que se pasaba en su casa esta época del año.

Tan entusiasmado estaba, que aquella noche ni dormí ni me acordé de mis amigos y compañeros, que de fijo echarian de ménos mi presencia en el parterre del Retiro y en los alrededores de la fuente del Prado.

Llegó la hora de levantarme para ir á la estacion del ferro-carril, y nadie tuvo que despertarme. Ya me parecia que no íbamos á llegar. No fué así afortunadamente: el tren no se habia marchado, y tio y sobrino ocupamos dos asientos en un coche de primera clase, del cual nos apeamos al poco tiempo en la estacion de Torrejon, donde ya nos esperaba la tartana que habia de conducirnos á la casa de mi tio Carlos, el cual me propuso el siguiente plan de vida:

—A las cinco de la mañana nos levantaremos y tomaremos chocolate, tú con bizcochos, si te gustan. Iremos

al campo hasta las nueve, á cuya hora tomaremos un *tente-mozo*, para poder pasar algunas horas hasta las dos, que comeremos. ¿Qué tal? ¿Te agrada?

—Sí, señor, le respondí; aunque, si he de ser franco, no veia en ello lo que tanto me preocupaba: *la vida de pueblo*.

—Despues un ratito de siesta, continuó mi tio, y ántes de salir á paseo al anochecer, leerás un poquito, harás una plana, y no olvidaremos las cuentas, que, segun mis noticias, tanto te preocupan.

Así era en efecto: las *cuentas* me preocupaban, me martirizaban, y en el colegio he sufrido por ellas más de un regaño. Entónces decia yo, á propósito de esto, que no *podia con las cuentas*. Ahora, que ya he *podido* con ellas, me he convencido de que el hombre puede con todo lo que quiere, y que el refran aqnel, que os recomiendo tengais muy presente, que dice *Querer es poder*, es y será siempre lo que los matemáticos llaman un axioma. Supongo que vosotros ya sabreis que se llama axioma á una verdad que no necesita demostracion, que no la tiene.

El plan fué puesto en práctica, y aunque echaba de ménos á mis compañeros, mi tio estaba conmigo tan cariñoso, que no pasaba allí mal el tiempo.

Mi madre y mi padre me escribian todos los dias, encargándome que fuera obediente y que no hiciera rabiar al tio.

Mi pobre madre añadia en todas sus cartas, como de postdata, que no tomara sol, que no bebiera agua cuando estuviera sudando, y qué sé yo cuántas cosas más, entre ellas que no montara en un borrico que tenia mi tio para que fuera por agua al pueblo.

Cuando llegaba la noche y los segadores volvían á nuestra casa, mi tío hablaba con todos ellos, y más de una noche oímos dar las once entretenidos en oír á aquellos pobres hombres la relación de sus viajes desde Galicia, porque ya sabéis que la generalidad de los segadores son gallegos ó asturianos. Los habitantes de estas provincias de España, donde la propiedad está muy repartida (es decir, que todos son ricos y todos son pobres), tienen que abandonar aquella tierra para encontrar su sustento y el de sus familias en Castilla.

Una tarde prolongamos bastante nuestro paseo mi tío y yo, y desde su era pasamos á la de otro, y de allí á otra; en fin, que cuando pensamos en volver á casa era ya muy tarde; yo llevaba miedo, y mi susto fué grande al observar que entre las espigas se movía una cosa.

Mi tío observó mi susto, y no pudo ménos de reírse de mí, llamándome cobarde.

—¿Tienes miedo? me dijo.

—Sí, señor; he visto allí un hombre tumbado.

—No seas tonto; será un segador que cuide de la era.

En aquel momento, unas nubecitas que ocultaban la luna dejaron que éste astro de la noche iluminara el camino por donde íbamos, y á nuestra derecha nos encontramos con un niño como de unos ocho á diez años, que dormía, apoyada su cabecita sobre un haz de leña.

¡Qué dura almohada tenía el infeliz, y qué guapo era!

—¡Tío, exclamé; mire V., mire usted ese pobrecito, y está casi desnudo!

—Tienes razón, contestó mi tío, pobrecito: voy á despertarle.

Dicho y hecho: le despertamos, y el infeliz se echó á llorar.

—No llores, que no te vamos á hacer daño. Al contrario, te llevaremos á casa, y allí descansarás, si tienes sueño.

El llanto de la infeliz criatura continuaba, y después de un buen rato pudo explicarnos lo que le había pasado.

Huérfano, y sin más pariente que un primo de su madre, se había puesto á servir á un panadero de Loeches, que no le daba el mejor trato, haciéndole trabajar mucho y llevándole casi desnudo.

Muerto de cansancio, se había quedado allí dormido, y su llanto era originado por lo que le pegaría su amo al ver que había tardado tanto en llevar el pan á Torrejon.

Juntos los tres, y ayudándole á llevar su cesto de pan, llegamos á Torrejon, donde mi tío le propuso que se quedara á dormir con nosotros; pero él, á pesar de su cansancio, no quería faltar á su amo, y temía lo que pudiera decirle.

Mi tío Carlos, que ya entonces había cumplido cincuenta y seis años, y á quien el cielo no había enviado hijos en su matrimonio con una hermana de mi padre, viudo ya, y con un buen corazón, pensó en hablar al panadero de Loeches y quedarse con el niño para educarle y hacerle hombre de bien.

Al día siguiente nos metimos en la tartana y nos encaminamos hácia Loeches, donde visitamos al panadero, que, de buen grado y mediante un *regalillo* de mi tío, nos cedió su criado, quedando en avisar al único pariente de aquel niño del cambio de amo.

Hoy que, con algunos años, pienso

en lo que aquel panadero nos dijo y del modo que nos habló de Ramon, así se llamaba el niño, me horrorizo. ¡Si los padres de Ramon le hubieran oído!

Han trascurrido doce años de lo que os he contado, y si viérais á Ramon no le conoceríais.

Es el administrador de todos los bienes de mi tío Cárlos, y ántes de tres meses acabará su carrera de comercio, en cuya escuela es muy querido por su buena conducta y aplicacion.

Juntos paseamos muchas tardes, y ni un solo momento deja de hablar de mi tío, al cual quiere como si fuese su padre.

En cualquier parte que le veais le oireis hablar de lo mucho que debe á D. Cárlos, al cual adivina, como éste

dice, los gustos, y con el que vive desde aquella noche.

¿Os parece que debo estar pesaroso de mi viaje á Torrejon?

¿Pensais que siento no haber jugado aquel mes de Agosto por el Retiro y por el Prado?

No. Vosotros, aunque niños, teneis buen corazon, y no podeis ménos de comprender que no hay nada más agradable que hacer bien.

Cuando tengais edad para ello y os encontreis en un teatro ó en un baile, pensad en lo que os he contado, y de seguro que cedereis vuestra butaca ó el más entretenido cotillon por encontraros con otro niño á quien hacer hombre honrado, que, creedme, es el mejor destino que podeis alcanzar en este mundo.

EUGENIO ANTONIO FLORES.

EL ESPEJISMO (1)

Bañado con la luz esplendorosa
de un sol claro y brillante,
por un estéril y árido desierto
en donde abrasa el aire,
Camina el hombre que atrevido intenta
lanzarse cual las aves
á través de ignorados horizontes
ó de revueltos mares.
Candente arena por doquier se ofrece
y recios huracanes
cual *Simoun* que sepulta embravecido
á miles de viajantes.
Cuando se vé la luz de la esperanza
próxima á aniquilarse
y á extinguirse el aliento de la vida
como flor que ya cae,
Dibújase cual cristalino espejo
la clarísima imágen

del lago inmenso de tranquilas aguas
ó de árboles gigantes,
O del deseado oasis la verdura
clara se ve pintarse
y del arroyo que le riega humilde
la ráfaga ondulante,
O el aspecto de cúpulas y torres
de soberbios alcázares,
bañados por la luz tibia y cansada
que da el sol de la tarde.
Pero todo ilusion, ilusion vana,
cual humo se deshace,
ilusion, de la que la ciencia explica
la verdad inmutable.
De la vida en revuelto torbellino
mil ilusiones nacen,
que cual el espejismo desaparecen
como él, breves, fugaces.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG.

(1) Es un fenómeno que se presenta en las grandes llanuras, y consiste en la reproduccion de los edificios, árboles etc., cual si fuese en la superficie de un lago cristalino. En el Bajo Egipto se observa en grande escala, y á veces en alta mar, co-

mo sucedió en 1854 con la flota inglesa en la guerra contra Rusia en el Báltico. No es otra cosa que un efecto de la refraccion de la luz.



SANTA FLORENTINA



Santa Florencia ó Florentina era hermana del arzobispo de Sevilla San Leandro, y por consiguiente de sangre real. Inclined desde su más tierna edad á la virtud y la contemplacion, y dirigida por San Fulgencio, obispo de Ecija, se retiró á un monasterio de la órden de San Benito, donde tomó el hábito de religiosa. Se distinguió tanto

por su vida ejemplar, que fué elegida sub-priora del mismo convento, donde falleció.

Su cuerpo fué trasladado á Sevilla y colocado en el sepulcro de sus santos hermanos: allí se conservaba cuando la irrupcion de los moros. La fiesta de esta santa se celebra el 20 de Junio, y la de su traslacion el 14 de Marzo.

